
Otra vez el teatro

José Monleón

Con frecuencia, comentaristas e, incluso, políticos, encierran el desorden de nuestro tiempo con el término “crisis”, que solo nos valdría si lo aplicáramos al sistema de valores y convenciones que gobiernan el mundo. Lo normal, sin embargo, es que el término crisis se use solo en el sentido económico. Al final, parecería que la “recuperación” económica, el rescate de lo que se llamó la sociedad del bienestar, nos devolvería a lo que se recuerda como la “normalidad”. A menudo, se añade que ello se logrará corrigiendo el neoliberalismo económico y situando el interés de los ciudadanos (representando por sus gobiernos) sobre el poder de los mercados. El conflicto queda así reducido a una lucha de intereses bien definidos que solicita “simplemente” el rescate del poder social, del interés general, frente a una práctica mercantil y financiera que impone el beneficio económico como valor supremo y dominante. Todo el pensamiento recogido en

hermosos textos de los años 40, entre ellos la Declaración de los Derechos Humanos y aun la misma función de las Naciones Unidas, pasa a segundo término frente a un sistema económico internacional ambivalente. Y digo ambivalente porque si este parte de una globalización a todas luces cargada de posibilidades beneficiosas, luego, en la práctica, establece una guerra económica que sacrifica a la mayor parte de la sociedad.

Inevitablemente, la situación suscita dos vías de rechazo. Una, la de enarbolar las formas tradicionales de la resistencia personal y local; otra, la de combatir el pensamiento político que la sustenta en los órganos y espacios que ordenan esa globalidad. No olvidemos que en los textos fundacionales de las Naciones Unidas y en numerosas manifestaciones de la UNESCO se habla siempre de derechos y valores para toda la sociedad, marcando la necesidad de alcanzar unos objetivos políticos consecuentes con ese proyecto. Existe ahí un claro pensamiento que busca la conciliación de la diversidad cultural, de la justicia social, de la democracia y de la paz. Frente a ello, la mayor parte de los partidos democráticos de Europa exponen hoy en sus programas iniciativas estrictamente relacionadas con las ventajas económicas, a modo de un transfer de la “cultura de empresa” a la ordenación de la sociedad. ¿Cómo no va a estar el mundo en “crisis” si se esconden las preguntas esenciales y se acepta con normalidad el hecho de que haya más de mil millones de hambrientos y se gasten más de 4.000 millones de dólares al día en armamento? ¿Cómo vamos a satisfacer las preguntas básicas de una democracia? Amin Maalouf ha desarrollado ampliamente estas ideas en dos de sus libros, *Identidades asesinas* y *El desajuste del mundo*, y Federico Mayor Zaragoza se ha referido a menudo a esa irrupción de los millones de excluidos del proceso histórico y en gran parte rescatados por la revolución tecnológica. ¿Y qué significación no tiene el movimiento Democracia Real

Ya, que hizo de la Puerta del Sol —el punto neurálgico de algunas declaraciones memorables de la historia política española— la voz de muchos españoles, de todas las edades, que “simplemente” afirmaron la incoherencia de una democracia sometida a un sistema de partidos que a menudo los excluye? ¿No estaba claro para todos los participantes que un voto cuatrienal y una guerra entre los partidos carecía, en nuestro tiempo, de la representatividad y del espacio de comunicación profundamente afectados por la revolución tecnológica?

Y no estamos planteando estrictamente una cuestión formal, sino la ausencia de una serie de valores sin los cuales carece de sentido dar por hecho que vivimos en democracia. Percepción que ha producido un profundo desencuentro entre los gobernantes y buena parte de la sociedad. Desencuentro en el que ocupan un papel episódico los tradicionales movimientos antisistema, y un lugar preeminente quienes solicitan la construcción de una nueva cultura política, presidida por la coherencia ética antes que por las confrontaciones simplemente ideológicas. El poder democrático deja de ser aceptado como un periódico reparto entre los partidos para colocar en primer término las exigencias del conjunto de la sociedad. O lo que es igual, la “cosa pública”, como explicaba Pericles, es una materia que afecta a todos los ciudadanos y en todo momento, aunque sea necesario establecer determinados mecanismos formales para conseguirlo.

Es obvio que la humanidad contemporánea está muy lejos de esa realidad, aunque, y quizá esa sea la gran esperanza, pervive una latente exigencia colectiva, arraigada en numerosas solicitudes desahuciadas por la historia y en una teoría política que ha expresado, incluso en términos oficiales, solemnes e internacionales, la necesidad de alcanzar ese objetivo.

Los rechazos del orden mundial vigente se han expresado de diverso modo, desde aquellos que se han centrado en la crisis económica, como origen de la agonía de la sociedad del

bienestar —con la cita inexcusable de los parados, los hambrientos y los privilegiados— hasta aquellos otros que, con mayor agudeza y profundidad, han indagado en sus causas.

Más que pertinente sería preguntarse por el papel del teatro en nuestra época, en la medida que su relación con la vida social constituye el fundamento de sus mejores caminos. Y no me refiero, claro está, a las obras alimentadas por objetivos coyunturales. Desde el teatro de agitación, ajustado a circunstancias concretas, a las historias escritas con disciplina ideológica, existe un teatro que, en determinados lugares y momentos, ha intentado ser una respuesta a determinadas “crisis” políticas. Lo importante, sin embargo, desde los griegos a hoy, ha sido cuando el autor ha sabido equilibrar su decisivo papel —como creador del personaje, la historia y las circunstancias— con las demandas del personaje. Cuando, en definitiva, lo que ha hecho es lanzar a sus personajes, liberándolos de las convenciones establecidas, a realidades difíciles, a menudo escondidas, para descubrir lo que pensamos y quizá no hacemos o no podemos hacer los ciudadanos. El teatro se ha convertido así en un instrumento de indagación, de liberación y de construcción de respuestas posibles que conforman, en su conjunto, la mejor demanda de las sociedades. Cuando, en las grandes tragedias griegas, los personajes son arrastrados por los mitos es inevitable, cuando son víctimas, rebelarse contra aquellos. El mito es respetado, puesto que domina al personaje, y a su vez el mito es derrotado, puesto que su poder se traduce en el sufrimiento inevitable de la víctima. Una democracia se puede defender con personajes que ensalcen sus principales valores, o con personajes que mueran a manos de los dictadores.

Las obras

Importa preguntarse qué ha hecho el teatro español contemporáneo respecto de nuestro actual “desajuste del mundo”. ¿Cómo lo ha reflejado? ¿Qué personajes ha elegido para ponerlos a prueba? ¿Hasta qué punto el apasionamiento ideológico ha sido una virtud o un defecto? ¿Cómo responder al desafío desde una realidad cotidiana dominada por la cultura de empresa y el menosprecio del diálogo de las ideas? Para responder a estas preguntas hemos elegido dos textos de características muy distintas, aunque igualmente integrados en la tragedia de nuestra época. En un caso, el de *En esta crisis, no saltaremos por la ventana*, de Pedro Montalbán Kroebel, centrada en unos personajes que viven y piensan en el vacío humano del mundo financiero, conservando una menesterosa dosis de identidad personal —que el drama expone— a la vez que nos remiten a la miseria de su mundo. Precediendo a la obra, publicamos un texto de su autor que tiene, entre otros motivos de interés, la referencia al libro de Dany-Robert Dufour, *El divino mercado. La revolución cultural liberal*, en el que se resumen los diez mandamientos de la nueva religión. Mandamientos que, más allá de sus contenidos concretos, nos aclaran que detrás de la llamada “crisis económica” existe una ideología y, más concretamente, una determinada moral, asumida por la gran feligresía, independientemente de que, en primera instancia, aparezcan con una u otra máscara ideológica. Estamos ante una visión tragicómica de los sujetos de la moral financiera de nuestra época, que, indefectiblemente, se traslada a ese espacio sin pensamiento que está en el origen del gran desajuste. El título de la obra, irónico, nos recuerda una expresión de la crisis del 29, que, según se dijo, llevó a muchos banqueros a arrojar por la ventana, lo que, obviamente, no es el caso de la crisis contemporánea.

La otra obra elegida es *Ka-OS*, de un autor con una obra extensa y significativa, importante en el teatro español con-

temporáneo, Alfonso Vallejo. Premio Lope de Vega (1976), Premio Tirso de Molina (1978), traducido a numerosas lenguas, con abundantes estrenos en el extranjero, pintor y poeta, marginado por esa “cultura de empresa” que ha llenado de raquitismo ético e intelectual nuestros escenarios. La obra hilvana un argumento y cuenta con unos personajes concretos. Pero, obviamente, lo extraordinario de *Ka-OS* es que la obra vomita toda la barbarie ética y política de nuestra época, poblada –como nos muestra diariamente la televisión– de víctimas del desencuentro humano. Inútil categorizar cada uno de los horrores, pues siendo muy distintos y obedeciendo a causas muy diversas, aparecen tácitamente vertebrados entre sí y depositados en la memoria crítica del autor.

Son dos obras, en definitiva, que testimonian la existencia de un teatro que no está dispuesto a normalizar el horror y conserva esa hermosa rebelión que ha hecho del teatro un arte con dos mil quinientos años de existencia.